

LIBROS DE PROFESORES DE LA FACULTAD

Malleros, Fotios, *EL IMPERIO BIZANTINO 395-1204*, Santiago, Editorial Universitaria, 1987.

Nos encontramos ante la segunda edición de esta Historia del Imperio Bizantino, que el profesor Fotios Malleros publicara en el ya distante año 1951, y que ahora la tenemos en nuestras manos como póstuma. Antes de referirme al contenido de la obra, y teniendo a la vista las dos ediciones, podemos comprobar que se ha hecho un notable esfuerzo editorial para que la segunda fuese no sólo mejorada en su contenido, sino que también superada en su diagramación y en todo lo que significa enriquecer una publicación. En efecto, la antigua edición fue sobria y austera, y la que hoy comentamos, en cambio, cuenta con un rico y seleccionado material iconográfico, con varias láminas en colores muy bien impresas, con un completo aparato crítico del cual adoleció la primera edición, de una muy completa y actualizada bibliografía sobre el tema, una cronología del imperio, un índice onomástico, buenos mapas de referencia y un completo índice general.

El autor plantea las grandes interrogantes: Cuál es, en verdad, la relación entre el Imperio Romano y el Imperio Bizantino. ¿Qué posición ocupa y cuál es el papel del elemento griego? ¿Cuál es el rol desempeñado por el helenismo?

El autor sostiene que el siglo IV, a partir de Constantino el Grande, constituye una etapa básica en la historia universal. Citando a J. Burckhardt, afirma que “no es la alabanza excesiva de parte de los escritores cristianos lo que decidió al respecto sino la impresión poderosa que recibió el mundo romano de la figura de Constantino. Ese mundo primero fue conquistado por él, después investido con una nueva religión y reorganizado en los aspectos más importantes” (p. 15). Cuando considera las divisiones de la historia bizantina, dice que “La grandeza moral del cristianismo y su espíritu caritativo establecieron una diferencia enorme respecto de la posición de los esclavos de las demás religiones; por esta razón fue que se impuso rápidamente; venció y tuvo fanáticos partidarios que no trepidaron en sacrificar sus vidas cuando fue menester hacerlo, por eso también el cristianismo llegó pronto a ser un eficaz cooperador del Estado bizantino” (p. 23).

Analizando el significado de la fundación de Constantinopla se apoya en N. Baynes, para afirmar que “Constantinopla podía ser una ciudad advenediza, sin tradición, pero reclamó para sí el esplendor del pasado clásico. Allí se llevaron no sólo las reliquias sagradas de la fe cristiana, sino también, las obras maestras del mundo pagano” (p. 30).

Citando a Ch. Diehl y a E. Kahler, y redondeando esta idea, plantea que “el triunfo del Cristianismo, al nacer de él una religión de Estado, había mezclado estrechamente la Iglesia a toda la vida pública y privada de Bizancio. Protegida por los poderes públicos, debiendo al favor imperial una importancia y una grandeza que crecían sin cesar, la Iglesia había puesto a su vez su fuerza al servicio del príncipe y se había convertido en uno de los medios de acción gubernamentales. El advenimiento del cristianismo fue el complemento espiritual de la expansión política del Imperio Romano” (p. 34).

Analizando el arte bizantino, sostiene que “los griegos, transformados en bizantinos, continuaron cultivando el estilo noble y gracioso de los modelos helenísticos; mientras que los otros, especialmente los latinos, buscaron la expresión y la rotundidad de la visión. Con la introducción de imágenes en los templos se incorpora una nueva forma artística, la iconografía, que encuentra su fuente de inspiración en el *Antiguo y Nuevo Testamento*, y que se caracteriza por restarle importancia a la perfección de la figura, pues no es de carácter artístico su objeto, sino antes bien educativo; allí radica, precisamente, la gran diferencia entre el arte antiguo y el bizantino” (pp. 78-79). El autor le concede una gran importancia a la obra política de la emperatriz Teodora, esposa de Justiniano, por lo que “la obra del emperador resulta verdaderamente imposible de comprender sin ella, pues su personalidad dejó profunda huella en esa que con razón mereció llamarse la primera época de oro del Imperio oriental” (p. 91). “Herederos de los viejos proyectos imperialistas concebidos por los grandes césares romanos, empapado hasta el fanatismo en la doctrina de la religión cristiana, se propuso alcanzar la reconstrucción del antiguo imperio romano en su integridad e imponer, con todos los medios a su alcance, el cristianismo en todos los países que él gobernaba y aún más allá de ellos. Su obra adquiere proporciones gigantescas por cuanto un mundo entero de ideas y direcciones diversas luchaba por imponerse. Esa era la gran batalla que libraban entre sí las ideas bárbaras, romanas y griegas, el paganismo y el cristianismo” (p. 121). En fin, la obra hace un detenido recuento de los hechos que transcurren desde la dinastía de Teodosio el Grande (Cap. III) hasta la Dinastía de los Angeles (Cap. XXIII); deteniéndose en los Factores de la Historia Bizantina (Cap. II); en la situación de Oriente y Occidente a comienzos del siglo IX (Cap. IX); y en la Decadencia de Bizancio (Cap. XVI), quedando latente la ausencia de una conclusión, por el hecho de constituirse en una obra de tan largo aliento sobre un período también tan extenso de la historia. En realidad la explicación de esto se podría deber al hecho de que por la estructura del libro, con tan completos índices, tratada en un orden estrictamente cronológico, tiene más bien la forma y la intencionalidad de un manual que la de un trabajo que persiga entregar una visión novedosa de la historia de Bizancio. En verdad, se perciben un gran rigor y esfuerzo por realizarla con las más completas referencias, pero en general, podemos afirmar que el profesor Malleros fue excesivamente humilde para entregar sus grandes conocimientos sobre este tema, y esto queda a la vista por la gran cantidad de citas en las cuales se apoya el autor, y que verdaderamente dificulta la búsqueda de una visión propia, que por cierto el autor la tuvo.

La obra se completa con una precisa presentación del Prof. Héctor Herrera y un prefacio del autor.

Por todo lo anterior, dudamos que exista en lengua española un manual sobre el tema, tan logrado en su contenido como en su forma, por lo que se constituye, a partir de este momento, en una obra de consulta permanente para todos los estudiosos y estudiantes de habla hispana que hayan optado por los estudios del mundo antiguo y, particularmente, por la historia de Bizancio.

Raúl Buono-Core

Montes, Hugo, CLARIDAD HUMANA, Madrid, Editorial La Muralla, 1987.

El libro de Hugo Montes es un bello libro de poemas que canta a la vida y a la creación, es un canto de amor y de nostalgia de Dios. Dividido en cuatro partes: "Poemas de paz", "Libro de los meses", "Variaciones bíblicas" y "Con todos", que expresan el mundo natural, el humano y el religioso.

Hay poemas que son pequeños cuadros pintados con magistrales pinceladas, profundas y sensitivas. "El don de Dios" enuncia el encuentro de la samaritana con Jesús: a las tres de la tarde, junto al brocal del pozo. Escena bañada por la luminosidad del sol, el ansia de beber, el agua del pozo. La historia de la samaritana y sus siete maridos sirve de marco al poema. De una belleza extraordinaria es el encuentro con Jesús: / "Lo mira y en sus ojos, oscuros, vio a todo Israel." / Es lo que ella esperaba y presentía en sus siete maridos. Escucha con / "el palpitar de la sien." / la voz extranjera que dice: "Dame de beber", y se realiza el milagro de amor. El encuentro con Jesús ilumina, con luz divina, el espacio poético. La claridad humana y divina irrumpen en estos versos como un cántico de esperanza.

Ya se ha abierto un espacio bíblico en la poesía de Hugo Montes. En el poema "Transformada" el hablante rehace diariamente a su amada, "rumorosa Raquel", "conductora del Jordán". En ella se van produciendo múltiples transformaciones: planta, laurel, paloma, agua, vilano, río. Este signo plurivalente es símbolo de la fecundidad del pueblo judío.

Hay varios poemas que hablan de la poesía; de la verdadera poesía: "rezagada", "fuera del instante", "al margen de la pirotecnia y del espectáculo", "de adentro y para adentro", "experiencia casi antigua de Dios y del amor". La poesía es visión, no es cosa de la cabeza sino con la palabra se hace poesía. También la poesía rescata las cosas de la nada, las instaure sólo con nombrarlas. El hablante ama la poesía y es fiel a ella; en un momento exclama: / "Espérame, / te espero. Poesía, / nos veremos en los ojos / y al dorso justo de los calendarios." / El creador crea libremente, es autorreflexivo y funda su propia poética.

Se destaca en el poema II una gradación que va desde "el trébol de ser apenas hierba", "la desidia de la piedra", "la ventana serena", "la tarde, perfecta en el silencio". Los elementos de la naturaleza se perfilan en la tarde que se abre a la nostalgia y a la quietud. La "claridad humana" reagrupa los elementos naturales y constituye con ellos un paisaje amable. Esto se integra a través de tres estrofas ejemplares.

Los poemas que hablan de plenitud son los más hermosos: en ellos el alma del hablante se une a la naturaleza y a la humanidad en actitud amorosa. En "Claridad humana" enuncia: / "Redondo es el verano. / Su perfección es alma. / Y al fondo de las voces / ¡Qué plenitud de casa! / En el "Poema de paz" se pregunta por la transparencia. El poema "Otra cima" enuncia la ascensión a la poesía: "¡Quién lo hiciera volar [corazón] o quién de un sorbo / lo llevara, Señor, a tu regazo!"/ Poema de esperanza, es el poema III: / "La aurora ha de volver, / de pronto volverá —ya está volviendo— / . . . / La paz de entonces será la paz de todos."/

En "Variaciones bíblicas", el hablante recrea la Biblia en variadas escenas. El Génesis XII (poema I) y XXII (poema II) muestran la obediencia de Abraham. Los poemas II y III son poemas de protesta. Uno se refiere al sacrificio de Abraham. El niño pregunta por la víctima del holocausto y el padre responde que el Señor proveerá. / "Y proveyó / muchos años después. / En la primavera de 1973. / El III se refiere a la historia de Sara: Abraham salió tres días con su hijo y regresaron, ["Mas Sara en Chile espera todavía." / Poemas de crítica pero sin odio. El poema V habla de la dureza de las zarzas que son como espinas, muy duras: / "y no hay quien libere / a los que están presos en ellas."/

El poema que se refiere a la ciudad de Sión es un poema hermoso. Su motivo lírico es la clausura; las puertas de la ciudad no han sido abiertas y es señal que no está Dios. El pueblo se siente engañado. El poema XII de las "Variaciones bíblicas" tiene un epígrafe: *Si no se vuelven niños no entrarán en el reino de Dios* (Mateo, 18,2). Afirma que ya el árbol y la casa trascienden la materialidad de las cosas, evocando los "pájaros lejanos" símbolo de la vida que sustentan. En la tercera estrofa torna a lo personal, la amada, con quien anhela mantener la espontaneidad de la adolescencia. / "y tu cuerpo y mi cuerpo, / alguna vez muy tiernos, / jóvenes serán, si ya caducos: / para siempre adolescentes."/

"En diciembre", dedicado al poeta Jorge Debravo, costarricense, el hablante hace una denuncia del mundo actual: / "¡Está cara la vida y hay tan poco amor!"/. El Señor quiere venir a Chile pero el hablante le dice que lo piense mejor, que, tal vez, en un par de años más todo va a cambiar. "Te avisaremos, Señor"/.

La cuarta parte del libro, "Con todos", reúne los poemas dedicados a la familia y a los amigos. Son poemas llenos de amor y de ternura: "Distinto", "Te queremos así", "Envío", "De nuevo", "Con todos".

"Patria final", dedicado a Jorge Pacheco Matte, es una elegía que despide a su ex alumno y amigo. Es un canto esperanzado y lleno de luz. El hablante pregunta: / "Por tu hambre de luz te preguntamos"/. Lo apela "dulce amigo" y se refiere a su viaje: / "qué viaje hiciste inesperado. ¿nos escuchas, verdad?— / somos los mismos, los de casa, / los amigos, el colegio, / y en el último cuarto / donde jugabas a estar solo / y no podías / porque todos te buscaban / allí de pronto, más adentro, / ya en la séptima morada, / y entonces la partida / mas tampoco solitario / porque El estaba y te guió, / te abrió una puerta / que nadie conocía / y hacia las alturas, / hacia el puerto de sol fuiste llevado."/

No sé si se puede hablar de influjos, sino, más bien, de que nos recuerda

a San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, J. Ramón Jiménez, Vicente Huidobro, Ernesto Cardenal, el “poeta de Popayán”, Guillermo Valencia, con sus poemas bíblicos: “Judith”, “Los Camellos”. En *Claridad humana*, el ritmo es más íntimo y personal.

Llama la atención en los poemas el sentido del color, la sinestesia, las correspondencias, la musicalidad del universo, las imágenes puras, el lenguaje capaz de encerrar el mundo en pocas palabras. Todo el libro es un canto de amor esperanzado donde el hombre busca desarrollar sus posibilidades de amar y ser amado, el ansia de libertad y la vocación de sencillez; todo el libro es un canto de alegría, por lo que debemos agradecer a Hugo Montes el haber escrito *Claridad humana*.

María Teresa Lira

Vargas, Lola, E OTRO QUE EXISTE EN TI: SUEÑOS, Santiago, Editorial Abraxas, 1987.

En este libro la autora entrega un amplio y profundo estudio sobre la fenomenología onírica, basándose sobre su propia experiencia y trabajos de investigadores tan importantes como C. G. Jung. Consta de una Introducción, donde explica la importancia y la complejidad de esta búsqueda interna para llegar a comprender de algún modo esa parte oscura que subyace en cada uno de nosotros, comparándola con una verdadera búsqueda alquímica, y de tres partes, donde desarrolla teorías, formas de interpretación en la actividad onírica, y las proyecciones futuras de una psicología dinámica, libre de dogmas o esquemas preconcebidos.

La parte primera nos da un panorama sobre la complejidad del mundo onírico, poniendo énfasis en su importancia, ya que los sueños son un “ejemplo de vida interior”. Se deja de lado la teoría simplista que cataloga a los sueños como “cedazo de la memoria” o bien la oscura satisfacción de “deseos reprimidos”. Por lo contrario, los sueños serían como una especie de lenguaje simbólico y, por lo tanto, difícil de ser comprendido, si no se tiene lo que puede ser llamado “inteligencia del corazón”, es decir, “la capacidad vivencial, transparencia, ecuanimidad y además un amplio conocimiento de mitología, folklore, religiones comparadas...”; es decir, que no basta con ser un buen psicólogo, sino que es necesario poseer una amplia cultura para poder enfrentar el análisis del mundo onírico.

En la segunda parte, ya el subtítulo nos da un esquema del contenido básico: “La Vida onírica: una autobiografía del inconsciente”. Se presenta aquí una selección de sueños analizados paso a paso, siguiendo en parte el sistema de Jung, teniendo en cuenta la propia experiencia de la autora. Dicho análisis se basa en “arquetipos” salidos de una verdadera herencia de la especie o “herencia cósmica”.

La parte tercera se preocupa de “la Psicología como ciencia y su futuro”. Este capítulo toca evidentemente el plano filosófico al interrogarse sobre “el futuro del alma humana”, teniendo en cuenta que la Psicología es esencialmente

un estudio de la forma de ser del hombre, tomándolo como una totalidad evolucionante.

Para la autora, el análisis de la actividad onírica es primordial en la búsqueda del sí-mismo en el individuo. Como dice Jung “el sueño es la vía regia para comenzar y seguir un proceso de individualización”. Puesto que el sueño es “involuntario, autónomo, primitivo” (en el sentido de inocencia), utiliza un lenguaje simbólico que une al soñante con el mundo arquetípico. Además, ya este mismo gran investigador afirmó que “no puede confundirse *intelecto* con *espíritu*, ya que éste es algo más alto que abarca al primero, conjuntamente con los estados afectivos”.

El mecanismo del sueño sería, pues, una relación de acciones o vivencias entre el “cerebro de reptil”, el centro límbico y el hemisferio derecho, que es el que tiene relación directa con el mundo sensitivo. Muy pocas veces participaría el hemisferio izquierdo, centro del intelecto.

En el sueño las imágenes son palabras. De allí su comparación con los jeroglíficos o con los gliptolitos. Es por medio de ellos que nos enfrentamos a nuestro “monstruo interior”, a nuestra “sombra”, siempre presente en ellos. Por medio del lenguaje figurativo se llega a la unidad, a la totalidad, al sí-mismo de que habla Jung. Existe una semejanza entre este desarrollo interior y el despertar del Kundalini oriental, que es la energía cósmica del ser o la potencialidad de autodesarrollarse.

El punto central del drama onírico es la unión de lo *exterior* con lo *interior*, esa sombra que existe en nosotros y que desconocemos o tratamos de desconocer. Esta “sombra” tiene más relación con el “inconsciente personal” que con el “inconsciente colectivo”. Es la primera figura simbólica con la que tenemos que relacionarnos para lograr la integridad personal. La autora nos recuerda, además, que Jung dice que “siempre que despertamos (de un sueño), tenemos la sensación de que quieren decirnos algo...”. Algo o alguien, más allá de nosotros mismos, nos quiere indicar algo importante.

Freud ya tiene el mérito de haber reconocido que el sueño no es un producto desconectado de la vida de vigilia, y que es imposible analizarlo sin la colaboración del soñante. Desde el punto de vista psicológico, el sueño se origina en una especie de trasfondo o caverna, donde bullen y se encadenan nuestras potencialidades negativas y positivas, tomando en cuenta el estamento y parámetros en los que se mueve en vigilia el sujeto. Así, los sueños pueden abrir las puertas a contenidos psíquicos, pudiendo ser analizados de acuerdo a su simbología.

Jung, careciendo lógicamente de una metodología específica, tiene sin embargo pautas generales de orientación muy claras. El “examen de contexto” se realiza con preguntas sobre el sueño y sus vinculaciones con la vida en vigilia. Stanley Hall llama a esta larga sucesión de análisis de sueños “camino para un proceso acelerado de maduración”.

En el sueño nos enfrentamos con una realidad tácitamente revelada y que se relaciona con el bloqueo de la energía psíquica en los cuatro distintos cerebros.

Como se ha dicho, tan compleja actividad es de difícil interpretación. Por lo mismo, hay una tendencia a simplificar el proceso interior, en una búsqueda

de respuestas que apuntan hacia lo exterior del fenómeno. En cambio, hay que buscar lo interior, lo subyacente, para poder llegar a la Totalidad del Ser. Incluso al encontrar el paso por la "Puerta Estrecha", que sobrepasa la estructura exterior en beneficio de nuestra estructura interior, se llegaría al conocimiento del Sí-Mismo Total, y con ello al Dios interior de que hablan todas las religiones. Nuestro Dios muere cuando no podemos pasar por la puerta estrecha, o cuando el alma cierra dicha puerta. Es decir, cuando situamos o detenemos toda nuestra energía psíquica en la estructura exterior, perdiendo todo aquello que hubiésemos podido lograr como estructura interior. Y esto podrá lograrse si podemos descubrir esa totalidad en nosotros, siendo uno de sus caminos secretos la actividad onírica de cada cual, teniendo en cuenta que cada sueño es una "pista" o mensaje que trata de llevarnos a tal fin.

Doris Banchik

Vergara, Sergio, CARTAS DE MUJERES EN CHILE, 1630-1885. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1987.

Siguiendo en cierto modo las modernas líneas historiográficas que asignan su debida importancia a las manifestaciones cotidianas y corrientes del ser humano, como un índice para componer la historia de la cultura de una nación, según el pensamiento de Eugenio Pereira, o aquella de las mentalidades tan en boga hoy día, Sergio Vergara nos ofrece un epistolario femenino chileno como "fuente directa para estudiar a la mujer", según su propia expresión.

Creo, sin embargo, que esta compilación, por el rigor con que ha sido hecha, por el sutil hilo conductor de su presentación, logra más que la primitiva intención de su autor, entregándonos no sólo un material que nos lleva a la comprensión del papel, mentalidad y posibilidades femeninas, a través de dos siglos, sino se convierte en una nueva fuente para el estudio de la sociedad chilena, incorporando opiniones hasta ahora no tenidas en cuenta. En efecto, da tribuna, en calidad de dato histórico, a las apreciaciones sobre el acontecer que nos transmite la mitad silenciosa de la sociedad, cuyos pareceres, salvo honrosas excepciones, estaban destinados a versar sólo sobre materias domésticas, familiares o médicas y cuya expresión, de todos modos, era considerada banal e intrascendente. Incorpora un ángulo inédito de opinión pública, que nos da luces sobre la forma en que los acontecimientos afectan a su mundo familiar y social.

Desde el punto de vista de fuente para el estudio de la mujer, este epistolario cumple ampliamente el propósito del autor. En el curso de la lectura de sus 202 cartas nos va revelando una mujer con más personalidad, más segura de sí, de lo que hubiésemos imaginado; que se atreve a presentar su caso ante el hombre en posición de buscarle solución, con toda naturalidad, sin el pudor de reconocer una situación menguada. Es el caso de muchas peticiones de montepíos y problemas de dinero. Pero no sólo sucede esto en el campo económico. Está la carta de María Reyna al Virrey del Perú en 1793, quejándose del abandono en que la ha dejado su marido con un hijo pequeño

y otro por nacer, y solicitándole oficie su regreso desde Santiago de Chile, donde ella sabe se encuentra con intenciones de seguir a Montevideo. Y también la carta audaz de María Mercedes de Aguirre a don Miguel Prado, reprochándole el que no dé el consentimiento a su casamiento con el hijo de este caballero, pidiendo las explicaciones del caso. Tampoco una joven tiene complejos en escribir a un pariente de situación, mayor que ella, segura de que su visión sobre los acontecimientos políticos del momento va a interesarle, como lo hace Juana Beaudrix a su tío Diego Barros Arana, desde Montevideo a Europa, refiriéndose a los sucesos expectantes en Río de la Plata, que no se sabía si conducirían al fin a la unión de las provincias argentinas.

Con respecto de la redacción de las cartas, si bien es cierto que nos confunde un poco la falta de puntuación, el estilo es en general espontáneo; no se advierte borrador previo en aquellas de índole familiar. Algunas sí se valen de escribanos. Esto significa poseer buen manejo del lenguaje, que naturalmente va mejorando a mayor cultura de la dama, junto con ir apareciendo la puntuación cada vez mejor empleada. Hay que hacer notar, eso sí, que la versión epistolar inglesa de la época también carece de puntuación, como lo evidencia la misiva de Catherine Cochrane a O'Higgins, en 1819. Pero estos documentos tienen su valor no en su mejor o peor estilo, sino porque la mujer, posiblemente con menor pretensión, escribe al correr del pensamiento, da opiniones francas que permiten evaluar el estado de la sociedad y los efectos con que las medidas políticas repercuten en sus hogares.

Esta liberalidad para escribir que tanto nos ha extrañado puede provenir de un resabio colonial, que ya nuestras abuelas nacidas en plena sociedad decimonónica no alcanzaron a sentir. Es esa cierta seguridad en su propia capacidad que las legislaciones castellana e indiana otorgaban a la mujer, con disposiciones que las permitían acceder al trono en ausencia de heredero por vía masculina directa; asimismo desempeñar la regencia durante la menor edad de su hijo. En América sucedía lo mismo con las encomiendas, para cuya sucesión estaba contemplada la hija o esposa de quien falleciese sin descendencia de hijo varón. Es tal vez éste el motivo por qué la mujer de origen castellano, con posibilidades de acceso al poder o al manejo de su hacienda, debía estar mejor instruida e informada, y por tanto no recluida a los patios infantiles y culinarios del hogar. De ello puede provenir su sensación de capacidad y presencia en una sociedad.

No quiero cerrar el aspecto de comprensión del alma femenina, objetivo de la lectura de estas cartas, sin intentar una interpretación psicológica que surge de algunos párrafos de la correspondencia de Javiera Carrera con su familia, y que puede tal vez inscribirse en la historia de las mentalidades. Son cambios de ánimo de Javiera con respecto de su marido entre sus dos etapas de vida, y una sombra de celos con su cuñada Mercedes Fontecilla. En la primera parte de la correspondencia, cuando ella está en Chile, muestra mucho conocimiento político e influjo que pone al servicio de su marido realista para que le conserven el cargo. Luego pasa ella al destierro y reprocha la lenidad de Díaz de Valdés, que no busca la solución de su problema dirigiéndose a Osorio. Más adelante le reconviene por su falta de correspondencia. Le

indica entonces, por vía de quien ha de hacerle llegar las cartas, que no sea Tadea Cotapos, pues “esta tontita las manda a Mercedes Fontecilla y ésta las abre como lo verificó con el sobre en que puso un parche de lacre. Te aseguro que ésta quiere dominarnos y no permite, si puede, que le sean ocultos los secretos míos, de mi padre y marido”. A medida que se prolongan sus años de destierro, va escribiendo más al hijo que al marido y parece notarse un leve enfriamiento en el trato. En todo caso, de esta rivalidad detectada con Mercedes hay otro índice en carta de la esposa de José Miguel Carrera a su cuñada, desde Rosario a Montevideo, ambas en el exilio, en la que el 6 de febrero de 1821 le notifica el nacimiento de su único hijo varón. Dice: “hoy hace catorce días que parí y me mantengo hasta ahora sin novedad, ya se le cumplieron los deseos de tener un varoncito a J. M. y tú ya tienes un nuevo sobrino de quien disponer y ya no nos harás tanta burla como nos hacías antes”. Y la pobre Mercedes Fontecilla continúa ilusa: “Mi Xaviera, sabes que ya voy viendo el horizonte más claro para nosotros, yo espero de un momento a otro darte un buen rato, bastante lo necesitas”.

En cuanto a fuente para investigar otros tópicos que interesan a la historia, es mucho lo que, entre líneas, aporta este epistolario, en el campo político, económico, médico, religioso, botánico, culinario, etc., entregando el punto de vista femenino sobre los hilos que en su conjunto van conformando la imagen de una sociedad que protagoniza hechos históricos. La carta 70 y la 71 son un verdadero manual de medicina casera y del empleo de las hierbas. Una epístola de Javiera de las Cuevas acusa el impacto de la expulsión de los jesuitas. Desde el punto de vista político son muy interesantes las noticias que desde Buenos Aires envía a Diego Barros Arana, a la sazón en Europa, su prima Pascuala Arana, refiriéndole los acontecimientos que finalmente habían de desembocar en la constitución de la Nación Argentina en 1862. Hay cartas amenas sobre acontecimientos artísticos, sobre fiestas y devociones religiosas, visiones de Chile por extranjeros, como lo que escribe Mary Causten a sus padres norteamericanos; cartas que abordan todos los problemas cotidianos con estilo culto, como el de Mercedes Marín; otra que evidencia el afán de lujo de Magdalena Vicuña. En fin, como dije más arriba, mucho puede deducirse de este epistolario; decirlo aquí quitaría espacio y el interés de cada uno por descubrir e interpretar.

Merece destacarse la claridad de propósitos indicada por su autor en la Introducción. Hace allí una reseña sobre el destino que hasta ahora ha tenido el epistolario femenino, poco estudiado y menos publicado. Señala también la forma en que ha obtenido el material y el criterio seguido en su selección y orden de publicación. El análisis del material escogido nos lleva a la comprensión de letras, abreviaturas y apelativos dados a los familiares.

Lo que complementa notablemente la lectura es la investigación hecha para determinar quiénes eran y qué relaciones tenían entre sí todos los personajes nombrados. Esto es fruto de un trabajo hecho al margen de la búsqueda y selección en los archivos. Ello permite que cada carta nos entregue su sentido y propósito completo, ya que la información aclara también expresiones y objetos de la época.

Agradecemos a Sergio Vergara este aporte a nuestros fondos documentales,

que además de significar horas de amena lectura forma un conjunto ordenado de fuentes para algunos aspectos de nuestra historia social.

Regina Claro

Vilches, Liliana, LA EVALUACIÓN PSICOLÓGICA DEL NIÑO, Santiago, Editorial Universitaria, 1987.

La autora, en el inicio de su obra, nos plantea las condiciones ético-profesionales que debemos tener siempre presentes en toda evaluación psicológica, especialmente en la de un ser en desarrollo, el niño.

Ella nos explicita cómo manejar la información obtenida, a quién entregarla, cómo y cuándo hacerlo, qué indicaciones debemos dar, a quién o quiénes darlas, ya sean padres u otros familiares, educadores, orientadores, psicólogos, médicos y otros profesionales. Para lograr este objetivo, la psicóloga enfatiza en la necesidad de poseer una buena y actualizada preparación profesional, además de conocer y tener claras las limitaciones de la Psicología.

Luego nos detalla, in extenso, los criterios de normalidad y anormalidad, conceptos que deberíamos tener lo suficientemente claros, pues nos permitirían realizar un diagnóstico acabado y riguroso.

Más adelante nos indica cómo realizar la entrevista con los padres, o sus sustitutos, teniendo presente los aspectos formales y de fondo de ella, proporcionándonos valiosas indicaciones y orientaciones, en cuanto al cómo y cuándo abordar determinadas situaciones, a qué aspectos darles mayor relevancia, en cuáles focalizar nuestra atención en determinados momentos, qué consideraciones no deberíamos omitir en la entrevista o las entrevistas.

En capítulo aparte nos expone detalladamente cómo enfrentarnos al niño sujeto y objeto de la evaluación, la importancia que tiene hacer del examen una situación lo más normal posible, eliminando todas aquellas contingencias que pudieran interferir en su desarrollo. Nos señala, además, qué aspectos debemos privilegiar.

La autora realiza una precisa y acabada revisión de las distintas pruebas psicológicas de uso más frecuente en la clínica infantil, agrupándolas por áreas y dándonos las categorías diagnósticas.

Finaliza la presente obra con un modelo de informe psicológico, señalándonos todos los aspectos que éste debe contemplar y las principales áreas de desarrollo psicológico por evaluar.

La obra contiene un glosario en el que se definen los términos de uso más frecuente en el ámbito del desarrollo psicológico infantil, y que todo profesional que labora en esta área debiera conocer.

El presente texto permite especialmente al psicólogo infantil y a otros profesionales interesados en el tema, contar con una buena sistematización en el área de diagnóstico, lo que constituye una valiosa ayuda para quienes centramos nuestro quehacer profesional en el niño, un ser en proceso de desarrollo y cuyo diagnóstico requiere de todos nuestros conocimientos y de nuestra mayor eficiencia, así como de una permanente actitud ético-profesional.

Patricia Eißmann